



De lejos y a mi alrededor

Cosas de difuntos

Carlos Caco Ceballos Silva

OTÑO, 1926.- Mi tío Pepe, hermano de mi tía Adela, vivía en Tonila, donde manejaba unos bi-lares y una tienda de abarrotes. Como era muy conocido en el pueblo, un día llegó un campesino muy apesumbrado diciéndole que traía la grave necesidad de algún dinero para los gastos de velorio y entierro de su señora, que acababa de fallecer. Mi tío le dijo que habiendo hecho un pedido de comestibles a Zapotlán, de momento no tenía efectivo, y le aconsejó al interesado que fuera a la Presidencia, les platicara su necesidad y ellos con toda seguridad le ayudarían. “Ya fui, les dije mi pena y me dijeron que ya se había agotado la partida”, y entonces mi tío le recomendó: “Lleva el cuerpo de tu señora, se los dejas en la puerta de la Presidencia y ya verás que ellos arreglarán el entierro”. Parece que así fue, pues a los dos días fue el campesino a darle las gracias a mi tío por el buen consejo que le había dado, agregando que al verlo con la difunta, de inmediato le dieron el dinero. Todo esto se lo platicó mi tío a mi papá en uno de sus raros viajes que venía a Colima.

En el verano de 1953, mi tío se puso malo y debido a que se agravó lo trajeron e internaron en el sanatorio Colima, allá por el barrio de San José. Él era viudo, mi tía ya se había muerto y su hijo Blas trabajaba en Mazatlán. Mi papá se hizo cargo del enfermo yéndolo a visitar y haciéndose cargo de su atención. Y así pasaron los días, hasta que un día, alrededor de las 10 de la noche, Chalito, que por aquel entonces vivía con mi papá y tendría alrededor de 17 años, contestó el teléfono diciéndole que querían hablar con don Enrique, él lo llamó y mi papá, después de oírlos, contestó: “Gracias por esta mala noticia, ya pasaré mañana por el sanatorio”. Pasó una hora y volvió a sonar el teléfono y



El velorio, José María Jara.

Al entrar muy despreocupadas y ver el cajón tapando la puerta del cancel que permanecía cerrado, una de ellas, con la natural curiosidad, levantó la tapadera, y al ver que había un muerto adentro, pegaron el alarido y salieron corriendo espantadas.

Polilla, María Susana Quezada Hernández.

Albatros

Miguel Ángel León Govea

Para el momento en que el silencio y el mar se conocen en el caso alzo el vuelo en tres albatros.

Y la tarde se va hacia otra parte.

Fue una breve lección para quien no sabe abrir sus alas.

Hay una consigna de que el mundo tiene tres idiomas: El idioma sal. El idioma mar. El idioma tiempo.

¿Para qué entonces las palabras, si en nuestros corazones vuelven los atardeceres y ya la sal tiene suficiente agua y en los momentos de tristeza podemos ver el mar?

La novia ideal

(10 de octubre de 1954)

PLAZA CULTURAL DE DIARIO DE COLIMA

Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2523

DOMINGO 9 DE DICIEMBRE DE 2018

La villa Prades, Joan Miró.

ESCRIBEN: Carlos Fernando Hernández, Verónica Zamora, José María Lomeli, Grace Licea, Miguel Ángel León, Luis Enrique Araoz, Noé Ranferi Sanpedro, Alberto Llanes y Carlos Caco Ceballos.

Umbral

Noé Ranferi Sampedro Hoyos

La resaca de los días pasados se cimentaba en algún lugar del cuerpo, interior o exterior: una resaca noya de los alcoholes ni los cigarrros forjados, sino de los días mismos. El consumo de días buenos en exceso, pensé, mientras me dirigía a la escuela luego de las ceremonias recurrentes referentes a una mañana de lunes.

El pavimento de la entrada en medio de los pastos artificiales, identificación oficial, de nuevo aquí, pensamientos, los primeros rayos iluminando los primeros pensamientos, iluminando lo que son (o serán o están siendo) los primeros recuerdos del que dicen ser el primer día de algo que dicen ser la semana. Como un desdoblamiento, una caída libre.

De algún lugar tuvo que nacer el agua del vaso corrida sobre la mesa cementada, el agua que por fin ha llegado a la orilla, al borde del abismo del que ahora cae hacia el suelo impulsada por la fricción de fuerzas contrarias, el agua y la mesa, pero describiendo el mismo movimiento de dispersión inicial y ahora que ha llegado al suelo pareciera que recupera su horizontalidad primera.

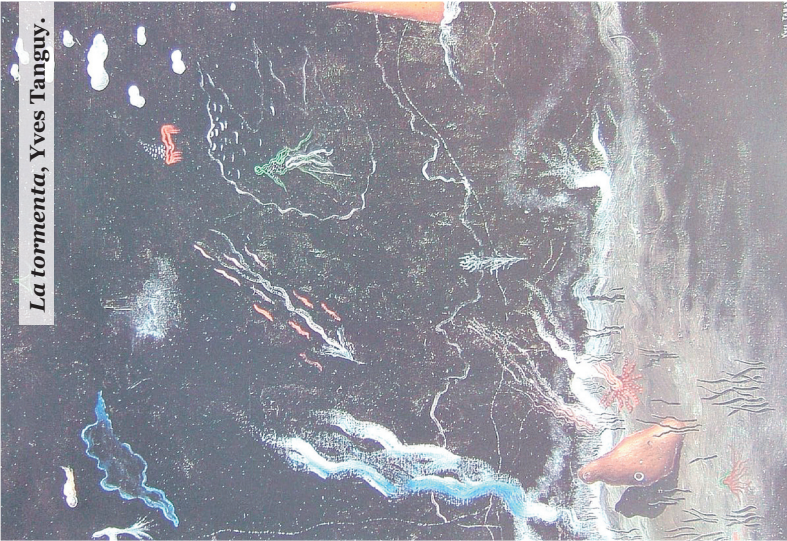
Sigue recorriendo el suelo. Sin duda dejará de correr cuando encuentren cierta estabilidad los límites, la extensión máxima de su cuerpo mismo, es decir, cuando la cantidad total del líquido que el vaso contenía antes de ser tirado haya terminado de situarse sobre la superficie que se presenta independientemente al acto o a la voluntad que tiró el vaso.

El agua se habrá detenido. Alguien tendrá que tirar otro vaso y entonces de nuevo el día, los rayos primeros como los primeros pensamientos, el sol, la conciencia, iluminando tenue la extensión aparentemente sin fin de las cosas en la cosa que, según dicen, se expande.

Así llegué a mi salón de clases.

De nuevo, ante la escuela, de nuevo, ante la estructuración estructurada estructurante, la tentativa, el intento de atrapar y atar al suelo o a cualquier lugar el aire pensado y contenido dentro de los globos de gas que instintivamente buscan su elemento allá lejos, no aquí, nunca aquí, pues, cuánto es lo máximo que puede durar esto? La lectura escritura lectura tura tura turas. Quizás todo era una cuestión de densidades antagónicas: los globos de gas buscando allá en lo alto del cielo. Algo dentro de sí los impulsa hacia arriba. Podría decir que los globos de gas de ahora parecieran necesitar de aviones para volar, los venden en las tiendas y algunos en verdad vuelan. La disposición a atarlos al suelo es una cuestión de nostalgia. Pero al llegar allá los globos se reventaran y nadie podrá verlos, nadie podrá decir que alguna vez estuvieron aquí.

La clase había iniciado hacia un rato. Alguien leía un cuento en voz alta. Apenas pude saber de qué se trataba. Para aquellas horas, la resaca, contrario a lo que esperaba, se había acrecentado, ya sólo podía pensar en fumar y nada más. Así salí a mi rescate. Me quedaba un cigarro en la cajetilla y decidí salir de la escuela para fumarlo tranquilo. En realidad, la clase no me interesaba demasiado, aun en los días tranquilos. Me senté en un ladrillo debajo del puente que cruzaba la avenida.



La tormenta, Yves Tanguy.

El lugar de tu descanso

Anahí Casillas Palomino

El cielo está abierto para todos
aún cuando los tiempos se muestra tan sombríos
yo no tengo frío ni temor a las sombras
y no pienso en quimeras, sé de dónde vengo

Para qué preguntar entre miradas

Por qué no hablar de frente y sin tajijs
íla vida está cayéndose a pedazos!
¿es momento de callar detrás de la venta?

Levantaré mis manos hacia Dios
¿puede el hombre, jactarse de ser algo?
Tengo una raíz que me tortura
un corazón que tiende siempre hacia el pecado

Tengo la huella del pasado
Que se alimenta de mis miedos
La condena de haberme equivocado

Para qué vivir con tanta hipocresía
Si no somos más que ovejas fatigadas
No somos dueños de nada, ni seremos
Mas no descansan nuestras almas obstinadas

Existe sin embargo una esperanza
y ya no está en la madera de esa cruz crucificado
“por qué buscáis entre los muertos” al que ha resucitado
Si Él dejó cielo abierto para todos.

En estos días

28.11.18

Luis Enrique Araoz

FORMAMOS parte de una fila que serpentea en el interior de una enorme habitación. Todos queremos ver el rostro y escuchar la voz de un hombre que ganó un premio importante de la literatura. La literatura que muchas veces se escribe con L mayúscula. El hombre tiene como sesentaitantos años, pero se ve más joven, lo que me hace suponer que se ha conservado, porque pasa gran parte de su día metido en una habitación, escribiendo sin parar, para dar a conocer palabras que construyen un puente entre el más puro solipsismo y el mundo que lo rodea y parece irse despedazando, al mismo tiempo que busca la manera de reconstruirse.

Esto es la FIL de la ciudad de Guadalajara. A mí, en lo personal, jamás me ha gustado el sonido de la palabra Guadalajara, porque me suena a guácara y lo asoció, ahora mismo, con la manera en la que se manifiesta el flujo y reflujo de personas que transitan por los pasillos de esta gigantesca sala de eventos.

Nos permiten pasar. Tomamos asiento y a todos nos dan un juego de audífonos con su respectivo radiotransmisor, don- de supuestamente escucharemos la traducción al español de las palabras del escritor galardonado que viene de Rumania para dar el discurso que dio al momento de aceptar el premio. Yo, realmente, apenas conozco al escritor. Vi su foto aquel día en que leí sobre su victoria o lo que se reconoce como victoria dentro del ámbito literario. Un hombre llamado Mircea Cărtărescu. Mircea se pronuncia Mircha. No he leído nada de él, salvo la entrevista que dio al diario *El País*. Y por eso estoy aquí.

La mesa está compuesta por editores, el propio escritor, y un tipo que tiene el pelo largo, húmedo y rizado que ya he visto algunas veces con el mismo semblante tranquilo y sonriente. Como si recordara una y otra vez, antes de abrir la boca para hablar, su último orgasmo. Se presentan y hablan sobre la literatura con L mayúscula y dicen que este escritor forma parte de ella. De la tradición. Sus discursos me recuerdan que aun no he leído lo suficiente



Hombre con un pañuelo rojo, Roger de La Fresnaye.

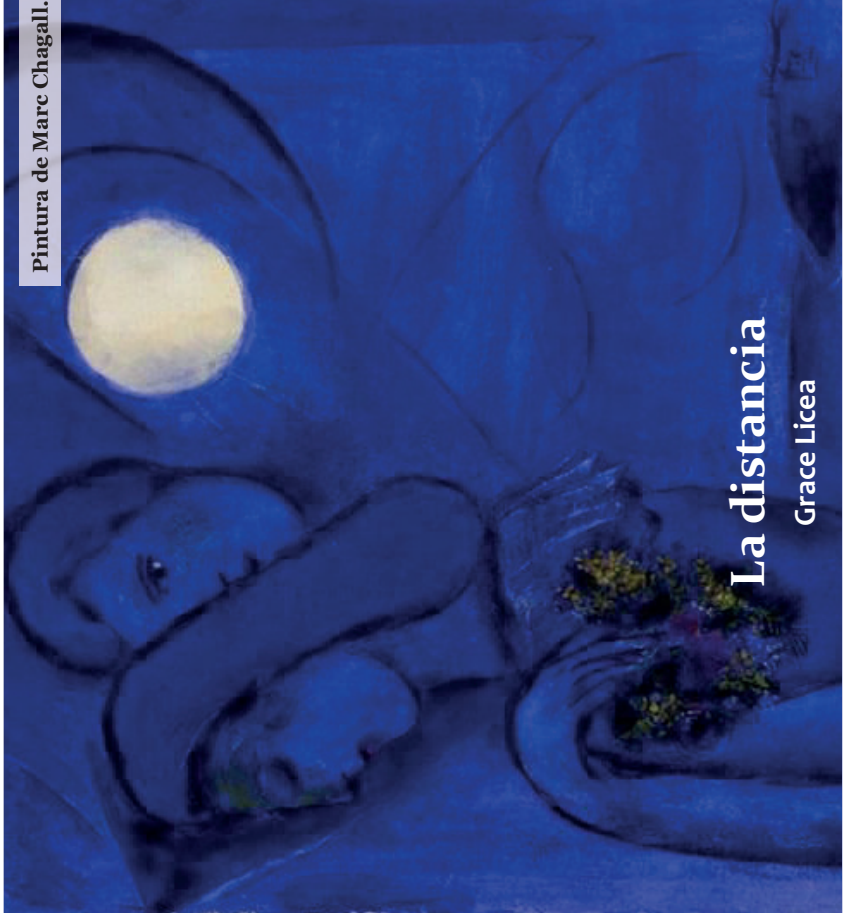
ción, pero que eso poco importa, que lo mejor es escuchar el canto de un hombre en un idioma ininteligible para nosotros, pero que conserva (quizás por lo mismo) una belleza suave y ruda. Lo entiendo, al grado de pensar que eso es más cercano a la literatura que eventos como este, pero no puedo negar el hecho de que me gustaría saber lo que el hombre frágil dice. Al parecer, nadie entiende o recibe la transmisión adecuada, pero todo sigue igual. Algunos lo observan embelesados, sin entender nada, pero conservando un aire respetuoso, limpio y elegante.

En algún momento alguien tendrá que decirle algo. Interrumpirlo. Pero ahora, mientras él habla y nadie más entiende, me doy cuenta de que esta es la forma más precisa de representar la cultura.

Milenio

León Mendoza

Mi casa de palabras, con resignada paciencia ha hecho su carne, con jirones de imágenes vertidas de un rezo real envuelto en umbría, los hombres de las palabras fosforescentes y un látigo rosáceo he aceptado todos los males de mi filosofía, y duerme en las noches como quien estar colocada la paz.



Pintura de Marc Chagall.

La distancia

Grace Licea

Me has vencido, luan tu terrible orgullo, tu corazón late impío y fantimo te alejas más que la distancia eres una párvula ave que vuela sin rumbo dando aquí, quitando allá confundes recibir con tener se quebró el espejo celeste y comenzó el rumor del mar violento, violáceo, real realidad salvaje sin misericordia eres de todas y no eres de nadie sólo para ti vives ellas van a ofrecerte vino y tú quieres ofrecer uvas vete, luan vete a cabalgar la gran cruzada eres el caballero que si alzó su visera ve a fulminar moros Y yo me quedo con ese sueño Que me diste, a mí A la Diosa blanca.

hechos de sangre y de heridas reales eso eres, un impío cazador te dejó, me has vencido la fe ya no te quiero aunque te quiera Llegará el olvido a mi ventana Y la lluvia me significa otra realidad Eres como la mentira escenificada De una paz como si fuese un viaje y sólo hay revueltas y sangre Guerras y derrotas, victorias de viajes A los que irás con otras Bien dicen que los de rostro inocente Tienen en la sangre el virus de la discordia El victimario se siente la víctima Pero antes de irme para siempre Te diré mis últimas palabras También se da las gracias A quien nos regala un sueño Y yo me quedo con ese sueño Que me diste, a mí A la Diosa blanca.

